

BRASIL-ESPAÑA, NUEVOS RETOS DE UNA ASOCIACIÓN ESTRATÉGICA

Osmar Chohfi
Embajador de Brasil en España

UNA feliz coincidencia histórica supuso que la celebración de los 500 años de descubrimiento de Brasil, en el año 2000, se diera en el marco de un redescubrimiento de dos mundos, como resultado de las masivas inversiones productivas de empresas españolas y portuguesas en la economía brasileña, impulsadas principalmente en la segunda mitad de los años noventa. Pero ese momento privilegiado de las relaciones bilaterales está lejos de haber sido una «coincidencia», por tratarse de una nueva etapa producida con mucho esfuerzo e ingenio: Brasil y España supieron aprovechar circunstancias favorables en sus respectivos procesos de desarrollo para añadir un proyecto económico de gran alcance e interés mutuo a sus tradicionales lazos históricos, culturales y políticos.

Durante los últimos cuatro años de trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en Brasilia, antes de asumir la Embajada de Brasil en Madrid, en marzo de este año, he sido testigo del notable cambio en la agenda bilateral con España, resultante de un crecimiento nada menos que del 4.500 por 100 en el *stock* de las inversiones españolas en el período 1995-2000. Aunque la desaceleración de la economía mundial y las crisis en distintos países latinoamericanos hayan tenido como resultado una retracción de las inversiones españolas a partir de 2001, España sigue teniendo una participación importante en las inversiones registradas en

ese período, y sus empresas, en general, siguen logrando excelentes resultados en el mercado brasileño.

Durante la visita de Estado a España, en julio pasado, el Presidente Luiz Inácio Lula da Silva ha manifestado en su discurso en la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) que dicho proceso de acercamiento se ha convertido en una relación mutuamente beneficiosa cuyo potencial permite avanzar aún más. Brasil se beneficia por la calidad y la magnitud de las inversiones españolas directas en su esfuerzo a favor de la promoción del desarrollo económico y social, mientras el mercado brasileño asegura buenos resultados y agrega volumen significativo de negocios a las empresas españolas en su estrategia de internacionalización.

Los múltiples atractivos de la economía brasileña explican cómo surgió la oportunidad para el proceso de inversiones masivas de España en Brasil, con la participación de importantes empresas españolas en los procesos de privatización y de licitación de concesiones públicas en sectores como las telecomunicaciones, la energía y la banca. A cambio de la importancia de las inversiones externas directas para la economía brasileña, el país ofrece un mercado interno cuya dimensión supera al de la mayor parte de los países del mundo, además de tener un potencial de crecimiento ampliamente demostrado con la incorporación de nuevos e importantes contingentes de consumidores en diferentes sectores a partir del éxito de la estabilización económica.

El proceso de *aggiornamento* de las relaciones iberoamericanas, uno de cuyos hitos más importantes ha sido la celebración de los 500 años de la llegada de Cristóbal Colón a América, tuvo como referencia fundamental la participación de capitales españoles y portugueses en un conjunto de inversiones productivas que han subrayado, en la economía real, las diferenciadas credenciales ibéricas con respecto a la región. Además, tales inversiones han propiciado a las empresas ibéricas agregar escala en el esfuerzo de internacionalización de sus actividades, en varios casos vital en el contexto de grandes fusiones y adquisiciones vivido en los últimos años en un amplio número de sectores de la economía global.

La posición de España como segundo mayor inversor externo en la economía brasileña (en *stock*) representa una conquista y un patrimonio que deben ser administrados con la competencia y sensibilidad política correspondientes a su importancia para ambos países. Esa tarea cotidiana supone tener marcos de regulación apropiados y el compromiso mutuo de respeto a los contratos, reiterado en varias ocasiones no sólo en discursos sino también en la práctica por el Gobierno del Presidente Luiz Inácio Lula da Silva en sus primeros meses de mandato. La consolidación democrática en Brasil, cuyo proceso histórico se desarrolló casi en paralelo y tiene muchas similitudes con la transición democrática en España, ofrece un marco político e institucional sólido, cuyo fortalecimiento es del interés de todos.

El proceso electoral del año pasado en Brasil avala la madurez de la democracia brasileña, elemento de gran importancia frente a las tareas de promoción del desarrollo, de la inclusión social y combate a la pobreza que la sociedad brasileña está intentando solventar. Impresiona la magnitud de esa tarea, en un país continental de más de 175 millones de habitantes, pero a ese desafío corresponde una determinación del

Gobierno y de la sociedad brasileña de superar las dificultades con determinación, y una discusión amplia sobre la aplicación de los recursos disponibles. La inversión externa es un elemento de apoyo al desarrollo integrante de esa ecuación, y su papel es reconocido por todos los sectores en el debate político y en la opinión pública, lo que asegura al inversor un ambiente favorable en una economía de mercado con gran escala y potencial de crecimiento.

Estrechar los lazos económicos bilaterales y ampliar el patrimonio común a Brasil y España son las tareas que se nos presentan a comienzos del nuevo siglo, y en las cuales ya están involucrados un gran número de empresarios de diferentes sectores. Aunque las cifras no sean tan impactantes como las de la primera ola de grandes inversiones de la pasada década, su efecto multiplicador en las economías de diversas regiones brasileñas nos indica que éste es uno de los caminos que debemos seguir en la profundización de las relaciones económicas bilaterales. El Gobierno brasileño y la Embajada de Brasil en Madrid tienen claro que esa nueva etapa demandará a los organismos oficiales atención y apoyo permanentes y casi personalizados, además de mucha iniciativa y capacidad creativa a los actores privados en la identificación de oportunidades y en la negociación de asociaciones en distintos proyectos.

Desde luego, uno de los sectores cuya capacidad de asociaciones entre capitales brasileños y españoles empieza a tener su potencial aprovechado es el del turismo. Los contactos y gestiones en curso con miras a la posible implementación de proyectos de hostelería y ocio, además del establecimiento de vuelos chárter y nuevas frecuencias de vuelos regulares entre España y regiones turísticas de Brasil (como el Nordeste, con sus playas, su belleza natural y su patrimonio histórico), señalan una tendencia que sin lugar a dudas se va a desarrollar en los próximos años, con beneficios mu-

tuos que van mucho más allá del incremento de los flujos turísticos españoles hacia Brasil. Mientras el *know-how* español en el sector, de reconocida excelencia internacional, aportará aún más calidad al producto turístico brasileño, la entrada en Brasil permitirá a las empresas españolas, al mismo tiempo, ofrecer a sus clientes nuevos destinos, ya dotados de muy buena infraestructura turística, y tener acceso a un importante mercado para el turismo interior como es el brasileño.

El sector turístico es tan sólo un ejemplo entre otros muchos capaz de ofrecer oportunidades de asociación con ventajas mutuas. El nivel de desarrollo sectorial de ambos países en sectores como la pesca, las pequeñas y medianas empresas (Pymes) y la producción de frutas, por mencionar otros, ofrece amplias perspectivas de cooperación que, de hecho, los empresarios, tanto españoles como brasileños, ya están empezando a identificar.

Otra asignatura pendiente con enorme potencial de beneficios mutuos para ambos países es la ampliación del intercambio comercial bilateral. El comercio entre Brasil y España registra en los últimos años una sólida tendencia de crecimiento, pero el ritmo de esos incrementos puede crecer mucho más y elevar el intercambio a un nivel muy superior a los aproximadamente 2.000 millones de dólares anuales de los últimos años. Las limitaciones estructurales que dificultan el acceso a mercados para sectores competitivos de ambas economías están en debate en las negociaciones en curso con miras a una mayor liberalización comercial, sea en el ámbito de la Organización Mundial del Comercio, sea en el de las negociaciones birregionales entre el Mercosur y la Unión Europea. Aunque los intereses sectoriales defensivos a veces dominen el debate público y no permitan una evaluación global equilibrada sobre los beneficios de la liberalización para ambas economías o sobre alternativas a las ac-

tuales reglas de juego en el comercio internacional —lo que ayuda a mantener un *statu quo* perverso para países en desarrollo como Brasil— es fundamental afrontar esa discusión.

La sociedad brasileña tiene ante ella la responsabilidad histórica de promover en los próximos años una mayor inclusión de los sectores marginados en los beneficios del progreso. Pero no se debe olvidar que Brasil ya está llevando a cabo en las últimas décadas una tarea igualmente enorme de modernización para afrontar cambios radicales en el perfil de su población, con una masiva migración del campo hacia las ciudades. Si hace poco más de cincuenta años la población brasileña era de 52 millones, de los cuales un 36 por 100 vivían en las ciudades y un 64 por 100 en el campo, hoy en día, de la población de 177 millones, más de un 81 por 100 viven en las ciudades, lo que ha implicado la necesidad de un esfuerzo de gran alcance y costes muy elevados para dotar a las ciudades de la infraestructura física y de servicios públicos que permita atender a esa nueva y compleja realidad. Además, se mantiene el carácter prioritario de los programas de extensión de los mismos servicios a las áreas rurales y de integración de un país continental, mediante la ampliación y mantenimiento de las redes de carreteras, vías navegables, ferrocarriles, puertos, aeropuertos y de prestación de servicios públicos desde las zonas más prósperas del Centro-Sur hasta los rincones más lejanos de la Amazonia.

Dicho esfuerzo se viene llevando a cabo con muchas dificultades, pero con éxito en el sentido de modernizar el país y preparar a las nuevas generaciones para los desafíos de la economía globalizada. Los que conocen el Brasil de hoy saben que se trata de un país moderno y complejo, para el cual no caben simplificaciones o estereotipos. Y saben también que el éxito de las tareas de promoción del desarrollo económico y de la inclusión social dependen fundamentalmente de re-

sultados positivos en el comercio exterior del país. La sociedad brasileña ya ha comprendido igualmente que esos resultados dependen de cambios en las reglas del juego del comercio internacional, dado que explica la gran importancia asignada por el Gobierno a las negociaciones en curso en la Organización Mundial del Comercio, así como a los entendimientos entre el Mercosur y la Unión Europea. La liberalización comercial global supone igualmente nuevas oportunidades de ventas y negocios en el mercado brasileño, las cuales seguramente permitirán una profundización aún más

significativa en las relaciones económicas entre Brasil y España. Pero para ello es necesario afrontar con equilibrio las cuestiones pendientes en la agenda comercial global, cuya resolución tendrá impacto en la economía brasileña e interesa a todos los que viven, trabajan y tienen inversiones en el país, que es el caso de los españoles, con quienes tenemos la responsabilidad compartida de consolidar las conquistas recientes y concretar el enorme potencial de ampliación de la agenda bilateral que se nos presenta en el actual momento histórico.